

Las vigías marítimas de los milicianos pardos de la Costa Chica oaxaqueña y el “ingreimiento” de su calidad en el último tercio del siglo XVIII¹

Pretendo sugerir que merced al orgullo miliciano de los mulatos, derivado de su desempeño como vigías marítimos en la otrora Mar del Sur oaxaqueña, es posible entender su legado como la existencia de un lábil componente étnico del semicontemporáneo universo afro mestizo de las costas de Oaxaca: aquél donde sus usuarios se vinculan, o deslindan, de una ontogénesis sustentada en el tráfico naviero, y en particular en los naufragios y piratas.

La versión más común al respecto alude inciertamente al hundimiento de un barco en el que viajaban esclavos, quienes lograrían llegar a tierra y serían pobladores del litoral oaxaqueño. Una variante de la historia no tendrá por ilotas a los náufragos, sólo por ser negros, y expondrá que éstos se sumaron a los antiguos habitantes de la costa sin especificar si eran libres o mancipos.

Otra historia recogida por Laura Lewis² en el poblado costero de San Nicolás, Guerrero,³ describe el rapto y posterior esclavitud de mercaderes negros por piratas blancos, y añade que el origen del fenotipo mulato podría explicarse por el conocimiento carnal que se dio entre un bucanero y una de las aprehendidas.⁴

Mi argumentación bebe de documentaria de finales del siglo XVIII presentada por los milicianos mulatos contra la Real Caja de Oaxaca, a fin de rechazar la pretensión de ésta de sujetarlos al pago del tributo borbónico.⁵

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

¹ Ponencia presentada en la XII Reunión de Historiadores Mexicanos, Estadounidenses y Canadienses, Vancouver, The University of British Columbia, octubre 4-8 de 2006.

² Laura Lewis, “Blacks, Black Indians, Afromexicans: The Dynamics of Race, Nation and Identity in a Mexican Moreno Community (Guerrero)”, en *American Ethnologist*, vol. 27, núm. 4, de 2000, pp. 898-926.

³ La Dirección General de Culturas Populares, Unidad Guerrero, echó a andar en 1980 su proyecto de rescate cultural de la denominada tercera raíz, o africana.

⁴ Versión que en mis diversas estadías de trabajo de campo —en localidades de afro sucesores de Pinotepa Nacional y Huazolotitlan, Oaxaca— no pudo ser corroborada.

⁵ Archivo General de la Nación (AGN), *Tributos* vol. 34.





A partir de ese litigio puede suponerse que en su defensa existió, así como en otros aspectos de su discurso necesariamente la supusieron, la forja de una autoconciencia mulata o parda singular: la miliciana costeña, en la medida que tuvo el “ingreimiento”⁶ de serlo, aducirlo y sostenerlo sin detrimento, aunque fuera sólo para esgrimirla como descalificación hacia sus presuntos pares étnicos y militares, a fin de distinguirse discursiva y/o efectivamente si ello contribuía a hacer triunfar su causa: evitar la tributación.

A su vez, tal objetivo estaba sustentado en el relato de eficaces y heroicas proezas desarrolladas en favor del cumplimiento de su deber como milicianos vasallos sin paga de Su Majestad, e involucrados en el marítimo deber y regio servicio miliciano de vigías terrestres. Dichos autoencomios y ensalzamientos por ello mismo devinieron aptos para —en postrer legado alusivo a naos, piratas y naufragios— nutrir, ya fuera positiva o negativamente, elementos del universo autoidentificacional afromestizo de la costa oaxaqueña. De manera casi ficticia, lo que sigue describirá la esencia de ese orgullo.

Vigilando la costa. Construcción de identificaciones con deberes y afanes anejos

En la extensa Mar del Sur, y en la parte del novohispano territorio que tocaba al obispado de Oaxaca, un día más despuntaba débilmente hacia el Levante. Vientos no corrían; de modo que esa fastidiosa —por difusa aunque semifría y briznosa— bruma cancelaba toda posibilidad de extender el atento y extenuante mirar de esos rurales milicianos pardos, que quince días de tediosa angustia llevaban sin atinar a discernir qué era aquella oscilante silueta que en el marino horizonte se avistaba. Hambreados e incómodos los vigías estaban; pero además de su alegada fidelidad al rey, es posible también que en sus puestos los mantuviera inamovibles la supuesta vigencia realenga de su exención al real tributo.

Esa brumosa incomodidad climática quizá afectó

⁶ AGN, *ibidem*, f. 129r, “Expediente formado sobre imposibilidad del cobro de Tributos de Pardos y Mulatos. Xicayan”, julio de 1791.

por igual el escrutinio de algunos indígenas milicianos de los cuatro sitios (Tonameca, Pochutla, Huatulco y Madani) intercalados entre las once vigías, de mayoría mulata, de batallones de lanceros (con ronda cada cuatro días y no más de dos o cuatro elementos por cada una), apostadas desde el puerto de Tehuantepec hasta el de Acapulco.⁷ El propósito de tales milicianos era guardar las costas de Su Majestad temporal e, incluso ¿por qué no? la Celestial, de espías, contrabandistas, corsos y piratas, muchos de ellos luteranos, que buscaran anclar en calas y ensenadas del obispado oaxaqueño.⁸ No importaba que sólo fuera con el objetivo, nunca inocente, de hacer aguada o el de carenar. U otro fin más avieso como establecer alguna cabeza de playa, “o para que se sondease paraje por donde los enemigos pudiesen haser desembarco”; o bien para trazar, desde la avistada nave, cartas para marear en calas y ensenadas.

Como acicate de sus alertadas mentes, seguramente correrían aún antiguas leyendas sobre los estragos causados por el desembarco del corsario inglés Francis Drake en la cercana villa de Huatulco en 1579, o de la audacia y atraco del tesoro de la nao perulera por John Oxenham en esa misma década; o de la que poco después, en 1587, acometió Thomas Cavendish contra la nao Santa Ana para impedir que sus ricos cargamentos llegaran a los almacenes de Acapulco.⁹ También podrían haber rememorado la incursión holandesa de la “gran flota de Nassau” comandada por los piratas Shapenham y Verschoor, saqueadores del puerto de Acapulco y acechantes del Galeón de Manila¹⁰ —acto

⁷ AGN, *Indiferente de guerra*, vol. 483-a. Milicias de Tehuantepec. Estado general de las revistas que pasó el comisionado Martí a las milicias de Tehuantepec, Xalapa, Huamelula, Teposcolula y Nochistlán, [año] 1783.

⁸ AGN, Archivo Histórico de Hacienda (AHHda), caja 53, exp. 11, año 1793. Nota de “Juan Vicente de Güemes, virrey de la Nueva España a Miguel Batallere auditor de guerra notificándole del envío de un ejemplar del reglamento provisional para las milicias de caballería de españoles y mixtos de infantería y lanceros pardos que se establecerán en la costa sur desde el partido sur de Acapaneta hasta Huamelula.”

⁹ Hugo Arciniega Ávila, “El castillo de San Diego, un vigía silencioso”, en *Diario de Campo*, suplemento 31, México, INAH, 2005, pp. 44-59.

¹⁰ Noticia tomada del “trabajo que sobre los puertos de Colima publicó en 1974 el talentoso historiador colimense Felipe Sevilla

poco después emulado por su fracasado colega Dampier—. Quizá estarían al tanto, ¿por qué, no?, del frustrado soliviantamiento pretendido por el capitán y corsario Van Spillbergen,¹¹ cuando en 1614 ocupó la bahía de Aca-pulco e instó a sus negros pobladores a unírsele.

Por eso la mirada de dichos vigías se aguzaba y esforzaba para atinar. Sin duda entre la penumbra y la niebla brumosa, la visual no se precisaba bien en ese “hondo mar de tumbo”, donde “si los nortes son recios, no les dejan tomar la playa [de modo que] el navío que allí surge es con mucha bonanza”,¹² como el mismo vecindario confirmaba. Y en ellos aún no estaba lejos de su memoria el acecho marítimo del entonces comodoro, y después almirante, inglés Lord George Anson,¹³ primer barón de Anson, y su captura del Galeón de Manila, además de su cimbrante amenaza al puerto de Acapulco en 1742.¹⁴ Como también fresco permanecía en su memoria el par de navíos holandeses, el *Hervating* y el *Hersteller*, que muy dañados, y sin víveres ni agua, llegaron al oaxaqueño litoral en pleno secano del año 1747.¹⁵ O así quedó constancia escrita de ello, pues conocido es que ese motivo para surtir fuera aducido por marinos y autoridades terrestres, acaso coludidas con algunos milicianos, muchas veces fue usado para



encubrir el más jugoso negocio del contrabando.

Algo de ello en nimbadas sensaciones era lo que medio inteligía el común al otear la ahumada mensajería que de una a otra vigía prodigábase unos y otros milicianos, ya atizando, ya atenuando sus diversas hogueras informativas. Ésas que si la lluvia apagaba, pronto el espacio abriría para lenguaraz desate de los infundios más especiosos, optimistas o desalentadores. Para el común no importaba tanto la precisión

acerca del tipo de embarcación como su bandera o pabellón, y el saberlo daría lugar de inmediato a la voz de “al arma”, “alarma” o acaso a una menos hostil. Desde las incursiones de Francis Drake en el siglo XVI, y ya en el XVIII, con las agresivas embestidas holandesas e inglesas desde Salahua (Colima) hasta Tehuantepec (Oaxaca), recalando en ocasiones en el puerto de Acapulco, al avistar esos pabellones ya nadie a sosiego se llamaba, incluso cuando de contrabando se trataba.

Sería más allá del cenit, en su camino hacia el ocaso, que el sol permitió catar con atingencia a los vigías de Puerto Escondido, después de quince días de incómoda incertidumbre, la identidad de la nave que, por ignota, tanta inquietud les despertara. Y no fue tanto por reconocimiento de bandera alguna como por el trato, faz a faz, que mareantes y milicias tuvieron entre sí cuando estos últimos socorrieron a los náufragos peruleros, incluidos grumetes. Resultó que su nave había dado de través de un modo sorprendente, después de permanecer sólidamente anclada en ese “mar de tumbo”; de todo ello no se sabe bien a bien si el infortunio llegó a causa de una feroz tormenta nocturna o por “descuido náutico”.

La nave procedente de Lima, del reino del Perú, se llamaba *San Fermín*, según dijeron el sargento, su cabo y el alférez “de la compañía de milicianos pardos de el Puerto Escondido en la Jurisdicción de Juquila, provincia de Xamiltepec”. Y a la carga del navío lo mismo sucediera “si nuestra compañía no hubiese estado en continua vigilancia hasta trasladar toda la carga de las playas a parte seguro, defendiéndola ya del latrocinio,

del Río. Adaptado por el jefe del Archivo Histórico, Horacio Archundía, para que pudiera ser consultado por el público en general”, disponible en <http://www.ucm.es/BUCM/revistas/BUC/portal/modules.php?name=Revistas2&id=RCHA>; Edgar Pavía Guzmán, “Provincia de Zacatula. Negros y milicianos”, en *Diario de Campo*, suplemento 28, México, INAH, 2004.

¹¹ Johnatan I. Israel, *Razas, clases y vida política en el México colonial, 1610-1670*, México, FCE, 1980.

¹² “Relación de Teguantepec”, en *Relaciones geográficas de Antequera*, ed. de R. Acuña, México, UNAM, t. II, p. 21.

¹³ AGN, *Tributos*, vol. 34, f. 110v.

¹⁴ D. Téllez Alarcía, “La independencia de los EE.UU. en el marco de la ‘guerra colonial’ del s. XVIII (1739-1783)”, en *Tiempos Modernos: revista electrónica de Historia Moderna*, vol. 2, núm. 5, de 2001, y “Anson Wall y el papel del ‘lago español’ en el enfrentamiento colonial hispano-británico (1740-1762)”, en *Tiempos Modernos: revista electrónica de Historia Moderna*, vol. 4, núm. 11, de 2004.

¹⁵ AGN, *Marina*, año 1747, vol. 8, exp. 1.



ya de cualesquiera otra invasión enemiga”.¹⁶ Y como *San Fermín* son muchas

[...] las arribadas a aquél Puerto de Navíos; ya de nuestra nación, ya de extranjeros, [pues] no son tan raras que [no] nos trahigan en un continuo mobimiento, pues a la menor insinuación de la vigía, corremos, no llenos de susto, sino de intrepidez para prestar a nuestras vanderas, o a las tierras de nuestro monarca, quantas defensas son posibles con personas, armas y cavallos, ya presentándonos a vista de El Puerto, ya pasando los arrios [¿órdenes, pareceres, determinaciones?] de las ocurrencias de los justicias mayores para que no, a la sombra de el descuido, triunfe el dolo, la traición, la enemistad y la cautela.

Testimoniaba la veracidad de tal discurso no sólo el naufragado *San Fermín*, sino la fragata, también peruana, *Santa Ana*, con rumbo hacia el puerto de Acapulco, y la *Santa Rosalía*, “que arribó a nuestras costas, y puestas sobre la marcha [la milicia], avistamos el Puerto, presentando quantos auxilios cupieron en nuestros arbitrios a la miserable gente que naufragava en la lancha; no perdonando trabajo, hasta dejarlos en salvamento”.

Y este auxilio no se reducía a mero trasegar encerrados cajones y sus correspondientes mercaderías; o personas desde los lanchones a la playa, o infortunados naufragos; también suponía proveer de materia prima y coadyuvar a las reparaciones náuticas, como señaló el teniente veedor Benito Pérez para avalar el dicho de los milicianos y sus fatigas en pos de la justificación a su solicitud de exención al tributo:

Yo he presenciado el último el año pasado en la Fragata Guadaquileña que desarbolada, sin timón, y en el más lastimoso estado arribó a Puerto Escondido. Hallí vi la dura fatiga de los mulatos de Mistepec...: estaban empleados en arrastrar las maderas de los montes y de muy largas distancias el Fierro y la Fragua para avilitar aquél Buque, a que se agregava la fatiga en la Guardia y Vigilancia para contener la deserción de la tripulación, que agoviada de fatigas y sobresaltada con las repetidas

desgracias que experimentaron desde su primera salida de Acapulco, sólo pensavan huir, de exponerse a otras...

A todas luces era claro que los milicianos cumplían cabalmente lo que de ellos se esperaba como leal, pero informal cuerpo militar de la monarquía. No siendo otro su asunto sino el de “avissar en todo tiempo las embarcaciones que se avisten. En el de guerra, para comunicar los correspondientes avisos y ponerse en estado de defensa; y en todos [tiempos] para facilitar auxilios a las embarcaciones que lo necesiten”.¹⁷ Por eso en su autoconciencia no cabía el menoscabo ni motivos para aceptarlo, y sí mucho su antípoda, del todo suficiente como para hacer inviable no legarla. Y apoloizaban:

¡Qué sería el reyno sino estuviera nuestra compañía prompta con sus armas y cavallos para impedir el desembarco de naciones enemigas y sufragar en cuanto no[s] es posible las desgracias de las nuestras. Testigos son de nuestros fieles e importantes servicios la arribada de el Ynglés y Almirante Anson,¹⁸ que pudo poner en cuidado toda aquella costa. Sin nuestra vigilancia y valor no huviera ofrecido el pecho para resistir cualquiera attentado que proyectase contra los intereses de nuestro soberano Monarca. No hablamos sin justificantes, pues en el superior gobierno obran los documentos más auténticos de nuestro procedimiento y a ellos nos remitimos.

A manera de conclusión, digamos tan sólo que una autoconciencia igual de orgullosa que la de estos milicianos tal vez ni siquiera formaba parte del horizonte de expectativas de otros negros y mulatos esclavos de origen costeño, pues éstos en el Mar del Norte del puerto de Veracruz, en su papel de pasteleros y elaboradores de bizcochos para la tripulación de la armada de Su Majestad, quizá jamás llegaron a pensar en legar a sus sucesores una conciencia tan orgullosa como la de los milicianos mulatos del Mar del Sur.

¹⁷ AGN, *Tributos*, año 1792, vol. 34, f. 64r.

¹⁸ Al firmarse la paz de 1748, el entonces comodoro George Anson fue ascendido a almirante y en 1751 lo nombraron primer lord del Almirantazgo, cargo que ostentó —con un breve intermedio— hasta su muerte en 1742; véase Edgar Pavía Guzmán, *op. cit.*, y D. Téllez Alarcía, *op. cit.*

¹⁶ AGN, *Tributos*, año 1791, vol. 34, exp. 6, ff. 110v-111v.